

## Capítulo 1

### María luminosa

El golpe directo de la vereda en la cara le hizo olvidar por un instante el agujero tremendo de la itaka en el vientre. Todo se nublaba y se difuminaba aceleradamente. La tarde, que había sido calurosa y soleada, se hacía ahora oscura, se volvía un pozo por donde su vida se vertía en un lento remolino negro.

El dolor tremendo empezó a apaciguarse. Ya no era ese desgarro caliente que lo arrojó por el aire antes de estrellarse en el suelo. De pronto se había hecho frío, como el frío de la baldosa sobre la que su boca abierta dejaba correr un pequeño arroyo de sangre. Arroyo que iba despacio hacia atrás para juntarse con el charco que salía de su estómago y pegaba todo su cuerpo al piso, como una bolsa pesada de carne y huesos.

En la bruma de sus ojos entreabiertos alcanzó a ver a Nico un poco más allá, gritando, medio sentado contra la pared del mercado, teniéndose con una mano el hombro desecho de un balazo. En la confusión, una voz ronca daba indicaciones indescifrables a personas ajenas que no eran ni él ni Nico, que ya no eran personas, que eran apenas bultos sucios en la rutina del horror y de la muerte. La voz era de una mujer.

Estábamos jugando con Fernando y Andrico cuando se escuchó el alboroto. Fue precedido por tres estallidos secos, como de petardos, pero más fuertes. Corrimos hacia la esquina y vimos a la gente que se iba juntando en la calle. Había una camioneta de la policía y un grupo de agentes, armas en mano, rodeando a dos tipos tirados en la vereda. Uno no se movía, pero yo vi sus ojos, aun abiertos, en una cara casi desfigurada. El otro gemía de dolor, tomándose un brazo; pero al poco tiempo se desvaneció y cayó sobre su costado.

Miré entonces a los policías. Eran tres hombres y una mujer. Me impresionó la mujer. Era grande, robusta, muy fuerte. Tremenda en su uniforme azul oscuro y con su escopeta en la mano. Tenía el pelo negro recogido en un rodete. Ella era la que daba las órdenes. A una indicación suya, los agentes agarraron a los dos pobres tipos de los hombros y las piernas y los arrojaron a la caja de la camioneta. Lo hicieron como si fueran objetos, como si cargaran cosas inertes; no vi una pizca de piedad en ese acto, sino más bien un desprecio, una inconsciente o tal vez deliberada ceguera frente a la trascendencia del fin de dos vidas.

Los policías se subieron a la camioneta y partieron con su carga de dolor y muerte. La gente se quedó hablando; los que habían llegado primero relataban a los otros lo sucedido. Nosotros nunca supimos los detalles. Sólo que los tipos habían intentado asaltar el mercadito y la policía los había acribillado. Y como testimonio habían quedado esas grandes manchas de sangre en la vereda y contra la pared.

Nosotros nunca habíamos visto un hombre muerto. Pero no fue la muerte en sí lo que más nos impresionó. Fue la actuación de la policía, la implacable y fría mujer sargento, la impiedad del trato a los cuerpos, la sombra de un oficio que se nos representó en su aspecto más duro, despojado de toda sutileza.

El rostro de Nico, su grito vuelto ahora gemido, las voces de los policías y el movimiento decidido alrededor nuestro, todo eso se esfumó de golpe. Se hizo una oscuridad completa, desprovista de sonido, olores, tacto. El universo entero se desvaneció de repente. Mi propia mente se hizo un sitio oscuro y despoblado. Y entonces, en medio de esa oscuridad densa, apareció un punto de luz que se aproximaba decididamente hacia mí. El punto se hizo una pequeña mancha, y enseguida se hizo evidente un rostro. Era el rostro luminoso de María. María que me miraba con ternura, que sin decir palabra me expresaba toda su presencia viva y radiante.

María se sentó junto a mí, abrió un paquete de bizcochos comprado un rato antes cuando había salido a hacer los mandados, y me dio un mate cálido y humeante. Yo abracé con las dos manos la pequeña calabaza tibia y saqué ese desayuno simple y cotidiano, mirándola a los ojos. En esos ojos claros y limpios estaba todo lo bueno de la vida. Toda la esperanza de nuestro noviazgo de barrio, toda la alegría de la fiesta simple con mamá alabando su belleza, el tío Cacho sirviendo masitas en una fuente con su prestancia de mozo profesional, los amigos y parientes charlando y riendo, los pibes jugando.

En ese momento todo parecía posible, todo se presentaba bien. La fábrica trabajaba bastante y nos había tomado hacía poco a Nico y a mí como operarios. Con un sueldo fijo, nos animamos por fin a casarnos. ¡Y ya nos veíamos en la casita que había sido de sus padres, con dos o tres niños pequeños, yo volviendo contento a casa luego del laburo y María criándolos tan bien!

Quién carajo se iba a imaginar entonces el desastre económico, la recesión, los cierres y suspensiones. Pero sí, una vez más la Argentina se iba al carajo y era el sálvese quien pueda. Y así, un día nos llamó el patrón y nos dijo que lo sentía mucho, que la fábrica no podía sostenerse, que no había ventas y que tenía que parar por un tiempo. Nos tiró tres sueldos a modo de compensación y prometió convocarnos cuando pasara la crisis. Y de eso hacía ya casi un año.

Cada mañana salí a la calle todo ese tiempo, buscando una changa, un rebusque. A veces conseguía algo; la mayoría, nada. La situación era insostenible y para colmo María estaba embarazada. Lo que debía haber sido una alegría, una bendición, era ahora una angustia tremenda.

Una idea se me metió entonces en la cabeza. Se la dije a Nico y me dijo “vos estás loco”. Pero al otro día se lo volví a decir, y lo hablamos seriamente.

-Yo tengo la 32 que era de mi viejo –dijo Nico -. Hasta tengo una caja con balas.

-Yo sé quién me puede conseguir una pistola. Me dijo el Negro que en la esquina de Tolosa hay un tipo que por unos mangos te consigue una no registrada.

-Pero Luisito, ¡mirá que una vez que entramos en esa, no hay marcha atrás!

-Ya sé, Nico. Pero ¿qué mierda vamos a hacer? Vos no tenés familia, es más fácil rebuscarse, pero yo con la María esperando un hijo y sin un mango. No sabés lo tremendo que es volver a casa y no tener un carajo para comer. Ni hablar de comprarse una pilcha ¡ni para calzoncillos tenemos! A esta altura yo me juego, y que sea lo que Dios quiera.

No me animé a decirle a María. ¿Para qué?, seguro no iba a querer y yo no quería que nadie me sacara el coraje ni me limara la bronca. La necesitaba entera, para justificarme en esta acción alocada, tremenda, que se me aparecía como épica y valiente, como un tomar por fin el destino en mis manos. Bueno o malo, abriría un camino propio. Era cuestión de ser inteligente, de planear las cosas, de apuntar a objetivos chicos, y de animarse, de vencer el miedo.

Una decisión se toma en un momento pero abre un destino. Yo preferí no mirar muy lejos, no podía. Sólo vivir el día a día, me decía. Y así una noche dimos el primer golpe. Fue fácil. Habíamos estado campaneando una casa muy linda, en la zona acomodada de Banfield. Los dueños, una pareja adulta y sin hijos, salían a cenar los viernes por la noche. Dos o tres horas tardaban en regresar: tiempo más que suficiente para revisarla bien y alzarlos con todo lo valioso y sencillo de transportar.

Entramos por la ventana del baño ¡Re fácil! Ni perro tenían. Revisamos cada mueble, cajón, repisa, metiendo en las mochilas todo lo que nos parecía de valor. Hasta encontramos bastante plata en el cajón de una de las mesitas de luz: “Papita pal loro”, dijo Nico. Salimos por donde entramos y nos fuimos cada uno a su casa. Dejamos pasar unos días mientras Nico negociaba la entrega con el Turco. Con lo que sacamos tuvimos para pagar las deudas en el mercado, la luz y el gas, y vivir casi un mes.

Se nos hizo fácil y eso nos cebó. Así hicimos tres casas más, con resultados aceptables. Hasta q un día el Nico me dijo: "Luis, para agarrar plata más en grande tenemos que asaltar un negocio que mueva efectivo".

El mercadito de Manuel Castro y Vieytes fue el objetivo. Los sábados trabajaba mucho y todo iba a la caja. Pero era imposible entrarle sin ruido porque cuando se iban quedaba re blindado: rejas por todos lados. Había que ir de sorpresa, fierro en mano, justo antes que cerrara. Era más arriesgado; nunca habíamos hecho un asalto a manos armada, siempre hurtos a casas sin gente adentro. Pero Nico había hecho los cálculos y ahí iba a haber mucho vento. Valía la pena el riesgo. Le alquilábamos una moto al turco, y era cosa de entrar y salir. Sólo vaciar la caja y nada más.

¿Cómo fue la puta mala suerte de que pasara esa patrulla? O capaz los chinos tenían una alarma que no vimos. La cosa es que fue sólo salir y los tuvimos encima. Me di vuelta pistola en mano y el tiro de la itaka de esa puta cana me reventó en el aire. En un flash toda la vida se me vino encima. Y en el último pedacito de luz, sólo brilló la carita luminosa de María.

Fui a lo de Andrico tarde a la mañana. Era domingo y no había escuela. Todo el día para jugar, y para hablar de lo que habíamos visto.

Andrico estaba sentado en la vereda, junto a la ventana del almacén de sus viejos. Estaba pensando. Me senté junto a él tocándolo en el hombro. Alzó la cabeza y me preguntó:

-¿Qué vas a pedir para Reyes?

-No sé, ¿y vos?

-Una escopeta, como la de los policías.

La tarde se estiró, cálida y pesada. Jugamos en la calle hasta que el atardecer trajo algo de fresco.